

Entre cerros cuya grisura anima con color el sol crepuscular, dentro de un breve y compacto marco arbóreo, está Tacna. Es un oasis tenaz en la soledad de los arenales, prueba viva de que la tierra suele, en esta inmensa y desafiante costa peruana, darse al trabajo del hombre que la requiere con ardor. Las huertas, los jardines de en torno anuncian al arribo que la naturaleza ha dispuesto aquí una generosa tregua y que el tesón ha tenido una respuesta florida.

Luego, conforme se ingresa a la ciudad, hoy renaciente, el forastero tiene una imagen cabal de cuán justo ha sido el anhelo de conservar a Tacna en la comunidad patria. Entre palmeras y geranios, luminosa, la ciudad constituye un paciente testimonio de que aunque con sacrificios y dolores, el Perú cuaja sus sustancias y madura seguramente. Rebulle ahora la vida y hay en las gentes un espíritu de optimismo y trabajo que es, en esencia, una promesa de esplendor venidero.

Hace cinco años, en un viaje similar al que acaba de realizar quien esto escribe, el único acento que sobrevivía como nota particular de Tacna era su señorío. En aquella oportunidad se distinguía, por sobre esa nostálgica característica, un dejo de abandono y desánimo lamentables. Tanto, que la impresión de prosperidad actual es en el primer momento, para quien tuvo la primera experiencia, una sorpresa inesperada. Entonces, es grato redescubrir el alma de este pueblo, vislumbrar el secreto de su despertar.

Las construcciones particulares u oficiales que se han emprendido en Tacna han sido incentivo para que indígenas de Puno y otros centros de la sierra descendan al valle en busca de trabajo. De ahí que las calles de la vieja ciudad se hallen colmadas con la presencia de hombres y mujeres de la antigua raza aimara. Al lado de los tipos mestizos de la región, junto a los blancos y los mulatos que atraídos por la labor han acudido de otras regiones —incluso de Lima— hacia este punto del país, forman una gama popular, un curioso enjambre racial, el cual es, sin duda, el que mejor representa al Perú. El tiempo realizará el milagro de fundir a unos en otros y dar una suma totalmente nuestra, a despecho de esos insignificantes y depresivos Gobineau locales que aspiran al "pedigree" immaculado. La población india de Tacna, que según los del lugar permanece allí sólo durante el tiempo en que en sus tierras la se-

de sus últimos reductos el partidismo, y ya nadie será quien es, sino una fuerza desatada, manejada por oscuros dedos rencorosos.

Al día siguiente, quiero decir cuando ya haya ocurrido lo peor, cuando pase no lo que nadie quiere sino lo que hacen las torpes energías impersonales, algunos pocos tendrán serenidad suficiente para murmurar: "¡Señor, qué exageración!" sin que el estruendo deje oír ese murmullo. Y costará miles de muertos y acaso años el que puedan tenderse de nuevo alegremente los manteles y haya confusión de voces familiares, un poco más sordas, porque alguna faltará en el nuevo coro.

milla madura y se da, ha puesto una nota de gracioso pintoresquismo. Ante los escaparates de las tiendas, en grupos silenciosos y un tanto sonrientes, charlan en voz baja estos indios, herederos de tantas grandezas. Detrás de los mostradores, chinos, italianos y también peruanos los abastecen en un ajeteo comercial que dice bien claro de la circulación del dinero, savia de este mundo.

Hospitales, colegios, viviendas, edificios públicos y hasta una catedral —de insistente gusto neo-colonial, qué se le va a hacer— han surgido de las demoliciones. Muchas viejas casonas, ésas que vieron tantos días de gloria y dolor, han caído ya. Pero subsisten otras, pobres y ricas y entre éstas (original arquitectura de techos de doble vertiente cuyo vértice se halla truncado y cuyo frontón orna una discreta ventana rectangular) y aquéllas se establece un contraste que, en vez de ser odioso o molesto, significa más bien ese paso que da Tacna entre el pasado cargado de sufrimientos y el futuro promisorio. Irradiando su flotante visita, cada vez más nutrida e internacional, está el Hotel de Turistas, modelo en su género, al que la mano de su actual administrador, don Hugo Pomar, hombre activo y eficiente, ha impreso un carácter de acogedor refugio. Tacna, totalmente asfaltada, plena de automóviles y camionetas que se desplazan sin pausa, se ha incorporado en unos pocos años a ese pequeño conjunto de centros urbanos del Perú que palpitan vitales y son el germen de una patria nueva, columbrada en el mañana.

La ciudad ha sabido dar en el curso de su historia nombres que enorgullecen a la inteligencia nacional. No es éste el lugar —pues no se trata de una monografía— de dar cuenta de ellos y sus obras. De Francisco González de Paula Vigil, cuya efigie conserva una sencilla plaza del lugar, hasta Jorge Basadre, allí han nacido hombres de pensamiento liberal y amplio, magisterial por lo que tiene de peruano y universal, fecundo y vigente. El ambiente mismo de Tacna, la serenidad de su clima, la amplitud de las latitudes que la rodean, el color grave de sus verdores, la pureza tonal de sus flores, han procurado al habitante un equilibrio intelectual y emotivo, una lúcida medida de la cual el humor no está ausente. Esa influencia condiciona el espíritu hospitalario y disponible de los tacneños, su visión magnificente del universo.

Eucaliptos, palmeras, vilcas —el árbol de copa baja y frondosa a cuya sombra, como un símbolo cordial, se realizan los ágapes campesinos— se levantan en torno de este impaciente rincón de quehaceres y creaciones. Un sabor de esperanzas intachables deja la rápida visita a Tacna, una impresión de excelencia que no será posible olvidar. No siempre nos es dado el privilegio de traer este bagaje de la provincia peruana, abandonada regularmente a su triste suerte, y es por esto que resulta excepcional poder decir que en el extremo del territorio, allí donde el sol quema y la lluvia inunda prodigemente, hay una interrogación que está a punto de tener su definitiva respuesta.